

ROBERTO GODOFREDO CHRISTOPHERSEN ARLT – La ola de perfume verde; Odio desde la otra vida

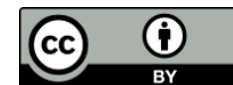
Maria Barbara Florez Valdez e Virginia Castro Boggio

ACÁCIA

Número 02, dezembro de 2019

URL: www.revista-acacia.com.br/2019/02/roberto-godofredo-christophersen-arlt

www.revista-acacia.com.br



Como citar esta tradução

ARLT, Roberto Godofredo Christophersen. La ola de perfume verde; Odio desde la otra vida. Tradução, prefácio e notas: Maria Barbara Florez Valdez e Virginia Castro Boggio. **Acácia - revista de tradução**, Florianópolis, v. 2, n. 2, p. 183-215, 2019. ISSN 2595-3915. Disponível em: <<http://www.revista-acacia.com.br/2019/02/roberto-godofredo-christophersen-arlt>>.



Sobre o autor

Roberto Godofredo Christophersen Arlt (Buenos Aires, 2 de abril de 1900 — Buenos Aires, 26 de julho de 1942) foi um romancista, contista, dramaturgo e jornalista argentino, natural do Bairro de Flores, filho de Karl Arlt e de Ekatherine Iostraitzter, imigrantes europeus. Escreveu seus primeiros contos à idade de oito anos.

Começou a trabalhar em 1924 como secretário de Ricardo Güiraldes e a publicar na revista *Proa*, dirigida por Güiraldes; Ele também escreveu relatórios policiais no jornal *Crítica*, e desde então se dedicou ao jornalismo.

Seu primeiro livro, *El juguete rabioso* (1926), é reconhecido como um dos melhores romances argentinos. Em *Los siete locos* (1929) e *Los lanzallamas* (1931), o mundo do submundo de Buenos Aires é retratado de forma muito realista, com seus tangos, delinquentes, prostitutas e rufiões. Recebeu o terceiro prêmio no Concurso Municipal de Literatura com seu romance *Los siete locos* (1932), que é um exame desesperado da desorientação causada pela Primeira Guerra Mundial. Ele viaja para a Espanha e, no seu retorno à Argentina, encontra Juan Carlos Onetti com quem manteve uma boa amizade.

Sobre os textos

Conto 1: *La ola de perfume verde* (1937). Conto 2: *Odio desde la otra vida* (1939). O estilo narrativo destes contos se manteve livre e independente da estética dominante em seu ambiente - modernismo e vanguarda. Arlt reivindica a vitalidade da língua espanhola falada nas margens de um espaço urbano tão rico quanto o de Buenos Aires nas primeiras décadas do século XX.

Sobre as tradutoras

Maria Barbara Florez Valdez, graduada em Letras Espanhol pela UFSC, atualmente mestranda em Estudos da Tradução na mesma universidade. Virginia Castro Boggio, graduada em Letras Espanhol pela UFSC, atualmente mestranda em Estudos da Tradução na mesma universidade.

La ola de perfume verde

Yo ignoro cuáles son las causas que lo determinaron al profesor Hagenbuk a dedicarse a los naipes, en vez de volverse bizco en los tratados de matemáticas superiores. Y si digo volverse bizco, es porque el profesor Hagenbuk siempre bizqueó algo; pero aquella noche, dejando los naipes sobre la mesa, exclamó:

-¿Ya apareció el espantoso mal olor?

El olfato del profesor Hagenbuk había siempre funcionado un poco defectuosamente, pero debo convenir que no éramos nosotros solos los que percibíamos ese olor en aquel restaurant de después de medianoche, concurrido por periodistas y gente ocupada en trabajos nocturnos, sino que también otros comensales levantaban intrigados la cabeza y fruncían la nariz, buscando alrededor el origen de esa pestilencia elaborada como con gas de petróleo y esencia de clavel.

El dueño del restaurant, un hombre impasible, pues a su mostrador se arrimaban borrachos conspicuos que toda la noche bebían y discutían de pie frente a él, abandonó su flema, y, dirigiéndose a nosotros -desde el mostrador, naturalmente-, meneó la cabeza para indicarnos lo insólito de semejante perfume.

Luis y yo asomamos, en compañía de otros trasnochadores, a la puerta del restaurant. En la calle acontecía el mismo ridículo espectáculo. La gente, detenida bajo los focos eléctricos o en el centro de la calzada, levantaba la cabeza y fruncía las narices; los vigilantes, semejantes a podencos, husmeaban alarmados en todas direcciones. El fenómeno en cierto modo resultaba divertido y alarmante, llegando a despertar a los durmientes. En las habitaciones fronterizas a la calle, se veían encenderse las lámparas y moverse las siluetas de los recién despiertos, proyectadas en los muros a través de los cristales. Algunas puertas de calle se abrían. Finalmente comenzaron a presentarse vecinos en pijamas, que con alarmante entonación de voz preguntaban:

-¿No serán gases asfixiantes?

A las tres de la madrugada la ciudad estaba completamente despierta. La tesis de que el hedor clavel-petróleo fuera determinada por la emanación de un gas de guerra, se había desvanecido, debido a la creencia general en nuestro público de que los gases de guerra son de efecto inmediato. Lo cual contribuía a desvanecer un pánico que hubiera podido tener tremendas consecuencias.

Los fotógrafos de los periódicos perforaban la media luz nocturna con fogonazos de magnesio, impresionando gestos y posturas de personas que en los zaguanes, balcones, terrazas y plazuelas, enfundadas en sus salidas de baño o pijamas, comentaban el fenómeno inexplicable.

Lo más curioso del caso es que en este alboroto participaban los gatos y los caballos. “Xenius”, el hábil fotógrafo de “El Mundo” nos ha dejado una estupenda colección de caballos aparentemente encabritados de alegría entre las varas de sus coches y levantando los belfos de manera tal, que al dejar descubierto el teclado de la dentadura pareciera que se estuviesen riendo.

Junto a los zócalos de casi todos los edificios se veían gatos maullando de satisfacción encrespando el hocico, enarcado el lomo, frotando los flancos contra los muros o las pantorrillas de los transeúntes. Los perros también participaban de esta orgía, pues saltando a diestra y siniestra o arrimando el hocico al suelo corrían como si persiguieran un rastro, mas terminaban por echarse jadeantes al suelo, la lengua caída entre los dientes.

A las cuatro de la madrugada no había un solo habitante de nuestra ciudad que durmiera, ni la fachada de una sola casa que no mostrara sus interiores iluminados. Todos miraban hacia la bóveda estrellada. Nos encontrábamos a comienzos del verano. La luna lucía su media hoz de plata amarillenta, y los gorriones y jilgueros aposentados en los árboles de los paseos piaban desesperadamente.

Algunos ciudadanos que habían vivido en Barcelona les referían a otros que aquel vocerío de pájaros les recordaba la Rambla de las Flores, donde parecen haberse refugiado los pájaros de todas las montañas que circunvalan a Barcelona. En los vecindarios donde había loros, éstos graznaban tan furiosamente, que era necesario taparse los oídos o estrangularles.

-¿Qué sucede? ¿Qué pasa? -era la pregunta suspendida veinte veces, cuarenta veces, cien veces, en la misma boca.

Jamás se registraron tantos llamados telefónicos en las secretarías de los diarios como entonces. Los telefonistas de guardia en las centrales enloquecían frente a los tableros de los conmutadores; a las cinco de la mañana era imposible obtener una sola comunicación; los hombres, con la camisa abierta sobre el pecho, habían colgado los auriculares. Las calles ennegrecían de multitudes. Los vestíbulos de las comisarías se llenaban de visitantes distinguidos, jefes de comités políticos, militares retirados, y todos formulaban la misma pregunta, que nadie podía responder:

-¿Qué sucede? ¿De dónde sale este perfume?

Se veían viejos comandantes de caballería, el collar de la barba y el bastón de puño de oro, ejerciendo la autoridad de la experiencia, interrogados sobre química de guerra; los hombres hablaban de lo que sabían, y no sabían mucho. Lo único que podían afirmar es que no se estaba en presencia de un fenómeno letal, y ello era bien evidente, pero la gente les agradecía la afirmación. Muchos estaban asustados, y no era para menos.

A las cinco de la mañana se recibían telegramas de Córdoba, Santa Fe, Paraná y, por el Sur, de Mar del Plata, Tandil, Santa Rosa de Toay dando cuenta de la ocurrencia del fenómeno. Los andenes de las estaciones hervían de gente que, con la arrugada nariz empinada hacia el cielo, consultaban ávidamente la fragancia del aire.

En los cuarteles se presentaban oficiales que no estaban de guardia o con licencia. El ministro de Guerra se dirigió a la Casa de Gobierno a las cinco y cuarto de la mañana; hubo consultas e inmediatamente se procedió a citar a los químicos de todas las reparticiones nacionales, a las seis de la mañana. Yo, por no ser menos que el ministro me presenté en la redacción del diario; cierto es que estaba con licencia o enfermo, no recuerdo bien, pero en estas circunstancias un periodista prudente se presenta siempre. Y por milésima vez escuché y repetí esta vacua pregunta:

-¿Qué sucede? ¿De dónde viene este perfume?

Imposible transitar frente a la pizarra de los diarios. Las multitudes se apretujaban en las aceras; la gente de primera fila leía el texto de los telegramas y los transmitía a los que estaban mucho más lejos.

“Comunican que la ola de perfume verde ha llegado a San Juan.”

“De Goya informan que ha llegado la ola de perfume verde.”

“Los químicos e ingenieros militares reunidos en el Ministerio de Guerra dictaminan que, dada la amplitud de la ola de perfume, ésta no tiene su origen en ninguna fábrica de productos tóxicos.”

“La Jefatura de Policía se ha comunicado con el Ministerio de Guerra. No se registra ninguna víctima y no existen razones para suponer que el perfume petróleo-clavel sea peligroso.”

“El observatorio astronómico de La Plata y el observatorio de Córdoba informan que no se ha registrado ningún fenómeno estelar que pueda hacer suponer que esta ola sea de origen astral. Se cree que se debe a un fenómeno de fermentación o de radioactividad.”

“Bariloche informa que ha llegado la ola de perfume.”

“Rio Grande do Sul informa que ha llegado la ola de perfume.”

“El observatorio astronómico de Córdoba informa que la ola de perfume avanza a la velocidad de doce kilómetros por minuto.”

Nuestro diario instaló un servicio permanente de comunicación con estación de radio; además situó a un hombre frente a las pizarras de su administración; éste comunicaba por un megáfono las últimas novedades, pero recién a las seis y cuarto de la mañana se supo que en reunión de ministros se había resuelto declarar el día feriado. El ministro del Interior, por intermedio de las estaciones de radios y los periódicos se dirigía a todos los habitantes del país, encareciéndoles:

1° No alarmarse por la persistencia de este fenómeno que, aunque de origen ignorado, se presume absolutamente inofensivo.

2° Por consejo del Departamento Nacional de Higiene se recomienda a la población abstenerse de beber y comer en exceso, pues aún se ignoran los trastornos que puede originar la ola de perfume.

Lo que resulta evidente es que el día 15 de septiembre los sentimientos religiosos adormecidos en muchas gentes despertaron con inusitada violencia, pues las iglesias rebosaban de ciudadanos, y aunque el tema de los predicadores no era “estamos en las proximidades del fin del mundo”, en muchas personas se despezaba ya esta pregunta.

A las nueve de la mañana, la población fatigada de una noche de insomnio y de emociones se echó a la cama. Inútil intentar dormir. Este perfume penetrante petróleo-clavel se fijaba en las pituitarias con tal violencia, que terminaba por hacer vibrar en la pulpa del cerebro cierta ansiedad crispada. Las personas se revolvían en las camas impacientes, aturcidas por la calidez de la emanación repugnante, que acababa por infectar los alimentos de un repulsivo sabor aromático. Muchos comenzaban a experimentar los primeros ataques de neuralgia, que en algunos se prolongaron durante más de sesenta horas, las farmacias en pocas horas agotaron su stock de productos a base de antitérmicos, a las once de la mañana, hora en que apareció el segundo

boletín extraordinario editado por todos los periódicos: el negocio fue un fracaso. En los subsuelos de los periódicos grupos de vendedores yacían extenuados; en las viviendas la gente, tendida en la cama, permanecía amodorrada; en los cuarteles los soldados y oficiales terminaron por seguir el ejemplo de los civiles; a la una de la tarde en toda Sudamérica se habían interrumpido las actividades más vitales a las necesidades de las poblaciones: los trenes permanecían en medios de los campos... con los fuegos apagados; los agentes de policía dormitaban en los umbrales de las casas; se dio el caso de un ladrón que, haciendo un prodigioso esfuerzo de voluntad, se introdujo en una oficina bancaria, despojó al director del establecimiento de sus llaves e intentó abrir la caja de hierro en presencia de los serenos que le miraban actuar sin reaccionar, pero cuando quiso mover la puerta de acero su voluntad se quebró y cayó amodorrado junto a los otros.

En las cárceles el aire confinado determinó más rápidamente la modorra en los presos que en los centinelas que los custodiaban desde lo alto de las murallas donde la atmósfera se renovaba, pero al final los guardianes terminaron por ceder a la violencia del sueño que se les metía en una “especie de aire verde por las narices” y se dejaban caer al suelo. Este fue el origen de lo que se llamó el perfume verde. Todos, antes de sucumbir a la modorra, teníamos la sensación de que nos envolvía un torbellino suave, pero sumamente espeso, de aire verde.

Las únicas que parecían insensibles a la atmósfera del perfume clavel-petróleo eran las ratas, y fue la única vez que se pudo asistir al espectáculo en que los roedores, saliendo de sus cuevas, atacaban encarnizadamente a sus viejos enemigos los gatos. Numerosos gatos fueron destrozados por los ratones.

A las tres de la tarde respirábamos con dificultad. El profesor Hagenbuk, tendido en un sofá de mi escritorio, miraba a través de los cristales al sol envuelto en una atmósfera verdosa; yo, apoltronado en mi sillón, pensaba que millones y millones de hombres íbamos a morir, pues en nuestra total inercia al aire se aprecia cada vez más enrarecido y extraño a los pulmones, que levantaban penosamente la tablilla del pecho; luego perdimos el sentido, y de aquel instante el único recuerdo que conservo es el ojo bizco del profesor Hagenbuk mirando el sol verdoso.

Debimos permanecer en la más completa inconsciencia durante tres horas. Cuando despertamos la total negrura del cielo estaba rayada por tan terribles relámpagos, que los ojos se entrecerraban medrosos frente al ígneo espectáculo.

El profesor Hagenbuk, de pie junto a la ventana murmuró:

-Lo había previsto; ¡vaya si lo había previsto!

Un estampido de violencia tal que me ensordeció durante un cuarto de hora me impidió escuchar lo que él creía haber previsto. Un rayo acababa de hendir un rascacielos, y el edificio se desmoronó por la mitad, y al suceder el fogonazo de los rayos se podía percibir el interior del edificio con los pisos alfombrados colgando en el aire y los muebles tumbados en posiciones inverosímiles.

Fue la última descarga eléctrica.

El profesor Hagenbuk se volvió hacia mí, y mirándome muy grave con su extraordinario ojo bizco, repitió:

-Lo había previsto.

Irritado me volví hacia él.

-¿Qué es lo que había previsto usted, profesor? -grité.

-Todo lo que ha sucedido.

Sonreí incrédulamente. El profesor se echó las manos al bolsillo, retiró de allí una libreta, la abrió y en la tercera hoja leí:

“Descripción de los efectos que los hidrocarburos cometarios pueden ejercer sobre las poblaciones de la Tierra.”

-¿Qué es eso de los hidrocarburos cometarios?

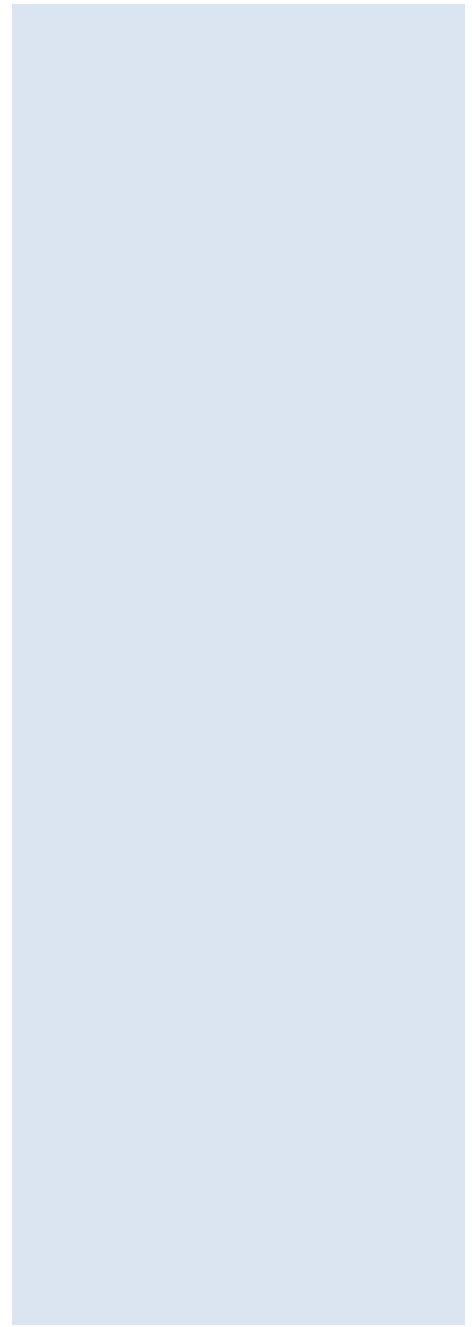
El profesor Hagenbuk sonrió piadosamente y me contestó:

-La substancia dominante que forma la cola de los cometas. Nosotros hemos atravesado la cola de un cometa.

¿Y por qué no lo dijo antes?

-Para no alarmar a la gente. Hace diez días que espero la ocurrencia de este fenómeno, pero..., a propósito; anoche usted se ha quedado debiéndome treinta tantos de nuestra partida.

Aunque no lo crean ustedes, yo quedé sin habla frente al profesor. Y estas son las horas en que pienso escribir la historia de su fantástica vida y causas de su no menos fantástico silencio.



A onda de perfume verde

Não sei quais são as causas que determinaram que o professor Hagenbuk se dedicasse aos jogos de cartas em vez de ficar vesgo com os tratados de matemática superior. E se eu digo ficar vesgo, é porque o professor Hagenbuk sempre vesgueou um pouco, mas naquela noite, deixando as cartas na mesa, ele exclamou:

-O cheiro horrível já apareceu?

O olfato do professor Hagenbuk sempre funcionou com certo defeito, mas devo concordar que não éramos nós os únicos que percebemos o cheiro naquele restaurante da madrugada, frequentado por jornalistas e pessoas ocupadas em trabalhos noturnos. Outros comensais intrigados também levantavam a cabeça e franziam o nariz, procurando ao redor a origem daquela pestilência que parecia elaborada com gás de petróleo e essência de cravos.

O dono do restaurante, um homem impassível, porque ao seu balcão só se aproximavam bêbados conspícuos que toda noite bebiam e discutiam em pé na frente dele, abandonou sua fleuma e, dirigindo-se a nós – do balcão, naturalmente – ele balançou a cabeça para indicar que tão incomum era um perfume assim.

Luis e eu nos aproximamos, na companhia de outros frequentadores noturnos, à porta do restaurante. Na rua estava acontecendo o mesmo espetáculo ridículo. As pessoas, paradas sob as luzes dos postes ou no meio da rua, levantavam a cabeça e franziam o nariz; os vigias, como cães de guarda, cheiravam alarmados em todas as direções. O fenômeno era de alguma forma divertido e alarmante, fazendo com que os dormentes acordassem. Nas salas próximas à rua, viam-se acender as lâmpadas e as silhuetas dos recém-acordados se movimentando, projetadas nas paredes através dos vidros. Algumas portas das casas se abriram. Finalmente, os vizinhos começaram a aparecer de pijama, e com uma entonação alarmante de voz perguntavam:

- Não serão gases asfixiantes?

Às três da manhã, a cidade estava completamente acordada. A tese de que o fedor de cravo-petróleo tinha sido determinado pela emanção de um gás de guerra tinha se desvanecido devido à crença geral do nosso

público de que os gases de guerra são de efeito imediato, o que contribuiu para dissipar um pânico que poderia ter consequências absurdas.

Os fotógrafos dos jornais perfuravam a meia-luz da noite com flashes de magnésio, imprimindo gestos e posturas de pessoas que, nos saguões, varandas, terraços e pracinhas, envoltas em seus roupões de banho ou pijamas, comentavam sobre o fenômeno inexplicável.

A questão mais curiosa do caso é que nesse tumulto participavam gatos e cavalos. “Xenius”, o hábil fotógrafo de “El Mundo”, nos deixou uma maravilhosa coleção de cavalos, aparentemente empinados de alegria entre as hastes de seus coches e levantando os belfos de tal maneira que, ao deixar o teclado da dentadura descoberto, parecia que eles estavam rindo.

Ao lado do rodapé de quase todos os prédios, viam-se gatos miando de satisfação levantando o focinho, curvando as costas, esfregando os flancos nos muros ou nas panturrilhas dos transeuntes. Os cachorros também participavam dessa orgia, pois pulando da direita para a esquerda ou, passando o focinho pelo chão, corriam como se perseguissem um rastro, mas acabavam se deitando ofegantes no chão, a língua caída entre os dentes.

Às quatro horas da manhã, não havia um único habitante da nossa cidade que estivesse dormindo, nem a fachada de uma única casa que não mostrasse seus interiores iluminados. Todo mundo olhava para a bóveda estrelada. Estávamos no início do verão. A lua mostrava sua foice de prata amarelada, e os pardais e pintassilgos sentados nas árvores das alamedas piavam desesperadamente.

Alguns cidadãos que tinham morado em Barcelona contavam para outros que aquele vozerio de pássaros os fazia lembrar da Rambla de las Flores, onde parecem ter se refugiado os pássaros de todas as montanhas que cercam Barcelona. Nos bairros onde havia papagaios, eles grasnavam tão furiosamente que era necessário tapar os ouvidos ou estrangulá-los.

-O que está acontecendo? O que houve?

Era a pergunta, suspensa vinte vezes, quarenta vezes, cem vezes, na mesma boca.

Jamais foram registrados tantos telefonemas nas secretarias dos jornais como naquele então. As operadoras de plantão nas centrais enlouqueciam na frente dos quadros dos comutadores; às cinco da manhã

era impossível obter uma única comunicação; os homens, de camisa aberta no peito, tinham pendurado os fones. As ruas se encardiam com as multidões. As salas das delegacias de polícia lotadas de distintos visitantes, chefes de comitês políticos, militares aposentados, e todos faziam a mesma pergunta, que ninguém conseguia responder:

-O que aconteceu? De onde vem esse perfume?

Viam-se velhos comandantes de cavalaria, o colar de barba e a bengala de punho de ouro, exercendo a autoridade da experiência. Interrogados sobre química de guerra, os homens falavam sobre o que sabiam, e não sabiam muito. Tudo o que eles podiam afirmar era que não se estava na presença de um fenômeno letal, e isso era muito evidente, mas as pessoas agradeciam pela declaração. Muitos estavam assustados, e não era para menos.

Às cinco da manhã, recebiam-se telegramas de Córdoba, Santa Fé, Paraná e, do sul, de Mar del Plata, Tandil, Santa Rosa de Toay, relatando a ocorrência do fenômeno. As plataformas das estações ferviam de pessoas que, com o nariz franzido e íngreme em direção ao céu, consultavam avidamente a fragrância do ar.

Nos quartéis se apresentavam oficiais que não estavam em serviço ou sob licença. O Ministro da Guerra foi à Casa do Governo às cinco e quinze da manhã; houve consultas e imediatamente foram convocados os químicos de todos os departamentos nacionais, às seis da manhã. Eu, por não ser menos do que o ministro, me apresentei na redação do jornal; é verdade que eu estava de licença ou doente, não me lembro bem, mas nessas circunstâncias um jornalista prudente sempre aparece. E pela milésima vez, ouvi e repeti essa pergunta vazia:

-O que aconteceu? De onde vem esse perfume?

Impossível transitar na frente dos murais dos jornais. Multidões se amontoavam nas calçadas; as pessoas na primeira fila liam o texto dos telegramas e os transmitiam para aqueles que estavam muito mais longe.

“Eles comunicam que a onda de perfume verde chegou a San Juan”.

“Em Goya, informaram que a onda de perfume verde chegou”.

“Químicos e engenheiros militares reunidos no Ministério da Guerra determinam que, dada a amplitude da onda de perfume, ela não teve origem em nenhuma fábrica de produtos tóxicos”.

“O Departamento de polícia se comunicou com o Ministério da Guerra. Não há registros de vítimas e não há motivos para supor que o perfume petróleo-cravo seja perigoso”.

“O observatório astronômico de La Plata e o observatório de Córdoba informam que não se registrou nenhum fenômeno estelar que possa levar à suposição de que essa onda seja de origem astral. Acredita-se que se deva a um fenômeno de fermentação ou radioatividade”.

“Bariloche informa que a onda de perfume chegou”.

“O Rio Grande do Sul informa que a onda de perfume chegou”.

“O observatório astronômico de Córdoba informa que a onda de perfume avança à velocidade de doze quilômetros por minuto”.

Nosso jornal instalou um serviço de comunicação permanente com estação de rádio; também colocou um homem na frente dos murais de sua administração; ele comunicava por megafone as últimas notícias, mas apenas às seis e quinze da manhã soube-se que numa reunião de ministros foi resolvido declarar o dia como feriado. O Ministro do Interior, através de estações de rádio e jornais, se dirigia a todos os habitantes do país, pedindo:

1 ° Não se alarmar com a persistência desse fenômeno que, embora de origem desconhecida, se presume absolutamente inofensivo.

2 ° Por conselho do Departamento Nacional de Higiene, recomenda-se que a população se abstenha de beber e comer em excesso, pois ainda são ignorados os distúrbios causados pela onda de perfume.

O que é evidente é que, no dia 15 de setembro, os sentimentos religiosos adormecidos em muitas pessoas despertaram com violência incomum, porque as igrejas transbordavam de cidadãos e, embora o tema dos pregadores não fosse “estamos nas proximidades do fim do mundo”, em muitas pessoas essa questão já vinha à tona.

Às nove horas da manhã, a população fatigada por uma noite de insônia e de emoções foi para a cama. Inútil tentar dormir. Esse perfume penetrante petróleo-cravo fixava-se nas pituitárias com tanta violência, que acabava fazendo vibrar uma tensa ansiedade na polpa do cérebro. As pessoas se agitavam impacientes nas camas, atordoadas pelo calor da emanção repugnante, que acabava infectando os alimentos com um sabor aromático repulsivo. Muitos começavam a experimentar os primeiros ataques de nevralgia, que em alguns duraram mais de sessenta horas; as farmácias em poucas horas esgotaram seu estoque de produtos à base de anti-térmicos; às onze da manhã apareceu o segundo boletim extraordinário editado por todos os jornais: o negócio foi um fracasso. No subsolo dos jornais, grupos de vendedores jaziam exaustos; nas casas, as pessoas, prostradas na cama, permaneciam sonolentas; nos quartéis, os soldados e oficiais acabaram seguindo o exemplo de civis; à uma hora da tarde em toda a América do Sul as atividades mais vitais para as necessidades das populações foram interrompidas: os trens permaneciam no meio dos campos com os motores desligados; os policiais cochilavam nas portas das casas; houve o caso de um ladrão que, com uma prodigiosa força de vontade, entrou em um escritório bancário, despojou o diretor do estabelecimento de suas chaves e tentou abrir a caixa de ferro na presença dos vigias que o observavam agir sem reagir, mas quando ele quis mover a porta de aço, sua vontade se quebrou e ele caiu de sono ao lado dos outros.

Nas prisões, o ar confinado desencadeou mais rapidamente a sonolência nos prisioneiros do que nos sentinelas que os custodiavam do alto das muralhas onde a atmosfera se renovava, mas no final os guardiões acabaram cedendo à violência do sono que entrava como um “tipo de ar verde pelo nariz” e se deixavam cair no chão. Essa foi a origem do que foi chamado de perfume verde. Todos nós, antes de sucumbir à sonolência, tínhamos a sensação de que éramos envolvidos por um turbilhão suave, mas extremamente espesso, de ar verde.

Os únicos que pareciam insensíveis à atmosfera do perfume de cravo-petróleo eram os ratos, e foi a única vez que se pôde assistir ao espetáculo em que roedores, saindo de suas tocas, atacavam ferozmente seus antigos inimigos, os gatos. Numerosos gatos foram despedaçados pelos ratos.

Às três da tarde estávamos respirando com dificuldade. O professor Hagenbuk, deitado em um sofá do meu escritório, olhava através do vidro o sol envolto em uma atmosfera esverdeada; eu, acomodado em minha poltrona, pensava que milhares e milhares de homens morreriam, porque em nossa total inércia o ar era cada vez mais rarefeito e estranho aos pulmões, que levantavam penosamente os ossos do peito; então perdemos a consciência e, a partir desse momento, a única lembrança que tenho é o olho vesgo do professor Hagenbuk olhando para o sol esverdeado.

Devemos ter permanecido na mais completa inconsciência por três horas. Quando acordamos, a escuridão total do céu era arranhada por tão terríveis relâmpagos que os olhos se fechavam medrosos diante do ígneo espetáculo.

O professor Hagenbuk, parado junto à janela, murmurou:

-Eu tinha previsto; ah, se tinha previsto!

Um estrondo de violência que me ensurdeceu por um quarto de hora me impediu de ouvir o que ele achava ter previsto. Um raio acabava de rachar um arranha-céu, e o prédio desmoronou ao meio, e através da luz dos raios podia-se ver o interior do prédio com os pisos de carpete pendurados no ar, e os móveis caídos em posições inverossímeis.

Foi a última descarga elétrica.

O professor Hagenbuk virou-se para mim e, olhando-me muito seriamente com seu extraordinário olhar vesgo, repetiu:

-Eu tinha previsto.

Eu me virei para ele irritado. Gritei:

-O que o senhor tinha previsto, professor?

-Tudo o que aconteceu.

Eu sorri incrédulo. O professor colocou as mãos nos bolsos, tirou uma caderneta de lá, abriu-a, e na terceira página eu li:

“Descrição dos efeitos que os hidrocarbonetos cometários podem exercer nas populações da Terra.”

-O que é que tem os hidrocarbonetos cometários?

O professor Hagenbuk sorriu piedosamente e respondeu:

-A substância dominante que forma a cauda dos cometas. Atravessamos a cauda de um cometa.

- E por que o senhor não disse isso antes?

-Para não alarmar as pessoas. Há dez dias que estou esperando por esse fenômeno, mas... a propósito; ontem à noite o senhor ficou me devendo trinta pontos do nosso jogo.

Mesmo que vocês não acreditem, eu fiquei sem palavras na frente do professor. E estes são os momentos em que planejo escrever a história de sua fantástica vida e as causas do seu não menos fantástico silêncio.

Odio desde la otra vida

Fernando sentía la incomodidad de la mirada del árabe, que, sentado a sus espaldas a una mesa de esterilla en el otro extremo de la terraza, no apartaba posiblemente la mirada de su nuca. Sin poderse contener se levantó, y, a riesgo de pasar por un demente a los ojos del otro, se detuvo frente a la mesa del marroquí y le dijo:

-Yo no lo conozco a usted. ¿Por qué me está mirando?

El árabe se puso de pie y, después de saludarlo ritualmente, le dijo:

-Señor, usted perdonará. Me he especializado en ciencias ocultas y soy un hombre sumamente sensible. Cuando yo estaba mirándole la espalda era que estaba viendo sobre su cabeza una gran nube roja. Era el Crimen. Usted en esos momentos estaba pensando en matar a su novia.

Lo que le decía el desconocido era cierto: Fernando había estado pensando en matar a su novia. El moro vio cómo el asombro se pintaba en el rostro de Fernando y le dijo:

-Síntese. Me sentiré muy orgulloso de su compañía durante mucho tiempo.

Fernando se dejó caer melancólicamente en el sillón esterillado. Desde el bar de la terraza se distinguían, casi a sus pies, las murallas almenadas de la vieja dominación portuguesa; más allá de las almenas el espejo azul del agua de la bahía se extendía hasta el horizonte verdoso. Un transatlántico salía hacia Gibraltar por la calle de boyas, mientras que una voz morisca, lenta, acompañándose de un instrumento de cuerda, gañía una melodía sumamente triste y voluptuosa. Fernando sintió que un desaliento tremendo llovía sobre su corazón. A su lado, el caballero árabe, de gran turbante, finísima túnica y modales de señorita, reiteró:

-Estaba precisamente sobre su cabeza. Una nube roja de fatalidad. Luego, semejante a una flor venenosa, surgió la cabeza de su novia. Y yo vi repetidamente que usted pensaba matarla.

Fernando, sin darse cuenta de lo que hacía, movió la cabeza, confirmando lo que el desconocido le decía. El árabe continuó:

-Cuando desapareció la nube roja, vi una sala. Junto a una mesa dorada había dos sillones revestidos de terciopelo verde.

Fernando ahora pensó que no tenía nada de inverosímil que el árabe pudiera darle datos de la habitación que ocupaba Lucía, porque ésta miraba al jardín del hotel. Pero asintió con la cabeza. Estaba aturdido. Ya nada le parecía extraordinario ni terrible. El árabe continuó:

-Junto a usted estaba su novia con el tapado bajo el brazo -y acto seguido el misterioso oriental comenzó con su lápiz a dibujar en el mármol de la mesa el rostro de la muchacha.

Fernando miraba aparecer el rostro de la muchacha que tanto quería, sobre el mármol, y aquello le resultaba, en aquel extraño momento, sumamente natural. Quizás estaba viviendo un ensueño. Quizás estaba loco. Quizás el desconocido era un bribón que lo había visto con Lucía por la Cashba. Pero lo que este granuja no podía saber era que él pensaba en aquel momento matar a Lucía.

El árabe prosiguió:

-Usted estaba sentado en el sillón de terciopelo verde mientras que ella le decía: “Tenemos que separarnos. Terminar esto. No podemos continuar así”. Ella le dijo esto y usted no respondió una palabra. ¿Es cierto o no es cierto que ella le dijo eso?

Fernando asintió, mecanizado, con la cabeza. El árabe sacó del bolsillo una petaca, extrajo un cigarrillo, y dijo:

-Usted y Lucía se odian desde la otra vida.

-...

-Ustedes se vienen odiando a través de una infinita serie de reencarnaciones.

Fernando examinó el cobrizo perfil del hombre del turbante y luego fijó tristemente los ojos en el espejo azul de la bahía. El transatlántico había doblado el codo de las boyas, su penacho de humo se inmovilizaba en el espacio, y una tristeza tremenda lo aplanaba sobre el sillón, mientras que el árabe, con una naturalidad terrorífica, proseguía.

-Y usted quiere morir porque la ama y la odia. Pero el odio es entre ustedes más fuerte que el amor. Hace millares de años que ustedes se odian mortalmente. Y que se buscan para dañarse y desgarrarse. Ustedes aman el dolor que uno le inflige al otro, ustedes aman su odio porque ninguno de ustedes podría odiar más perfectamente a otra persona de la manera que recíprocamente se odian ya.

Todo ello era cierto. El hombre de la chilaba prosiguió:

-¡Quiere usted venir a mi casa? Le mostraré en el pasado el último crimen que medió entre usted y su novia. ¡Ah!, perdón por no haberme presentado. Me llamo Tell Aviv; soy doctor en ciencias ocultas.

Fernando comprendió que no tenía objeto resistirse a nada. Bribón o clarividente, el desconocido había penetrado hasta las raíces de su terrible problema. Golpeó el gong y un muchachito morisco, descalzo, corrió sobre las esteras hacia la mesa, recibió el duro “assani”, presto como un galgo le trajo el vuelto y pronto Fernando se encontró bajo las techadas callejuelas caminando al lado de su misterioso compañero, que, a pesar de gastar una magnífica chilaba, no se recataba de pasar al lado de grasientas tiendas donde hervían pescado día y noche, y puestos de té verde, donde en amontonamiento bestial se hacinaban piojosos campesinos descalzos.

Finalmente llegaron a una casa arrinconada en un ángulo del barrio de Yama el Raisuli.

Tell Aviv levantó el pesado aldabón morisco y lo dejó caer; la puerta, claveteada como la de una fortaleza, se entreabrió lentamente y un negro del Nedjel apareció sombrío y semidesnudo. Se inclinó profundamente frente a su amo; la puerta, entonces se abrió aún más, y Fernando cruzó un patio sombreado de limoneros con grandes tinajones de barro en los ángulos. Tell Aviv abrió una puerta y lo invitó a entrar. Se encontraban ahora en un salón con un estrado al fondo cubierto de cojines. En el centro una fontana desgranaba su vara de agua. Fernando levantó la cabeza. El techo de la habitación, como el de los salones de la Alhambra, estaba abombado en bóveda. Ríos de constelaciones y de estrellas se cuajaban entre las nebulosas, y Tell Aviv, haciéndole sentar en un cojín, exclamó:

-Que la paz de Alá esté en tu corazón. Que la dulzura del Profeta aceite tu generosidad. Que tus entrañas se cubran de miel. Eres un hombre ecuánime y valiente. No has dudado de mi amistad.

Y como si estuvieran perdidos en una tienda del desierto, batió tan rudamente el gong que el negro, sobresaltado, apareció con un puñado de rosas amarillas olvidado entre las manos:

-Rakka, trae la pipa -y dirigiéndose a Fernando, aclaró:

-Fumarás ahora la pipa de la buena droga. Ello facilitará tu entrada en el plano astral. Se te hará visible la etapa de tu último encuentro con la que hoy es tu novia. La continuidad de vuestro odio.

Algunos minutos después Fernando sorbía el humo de una droga acre al paladar como una pulpa de tamarindo. Así de ácida y fácil. Su cuerpo se deslizó definitivamente sobre los cojines, mientras que su alma, diligentemente, se deslizaba a través de espesas murallas de tinieblas. A pesar de las tinieblas él sabía que se encaminaba hacia un paisaje claro y penetrante. Rápidamente se encontró en las orillas de una marisma, cargada de flexibles juncos. Fernando no estaba triste ni contento, pero observaba que todas las particularidades vegetales del paisaje tenían un relieve violento, una luminosidad expresiva, como si un árbol allí fuera dos veces más profundamente árbol que en la tierra.

Más allá de la marisma se extendía el mar. Un velero, con sus grandes lienzos rojos extendidos al viento, se alejaba insensiblemente. De pronto Fernando se detuvo sorprendido. Ahora estaba vestido al modo oriental, con un holgado albornoz de verticales rayas negras y amarillas. Se llevó la mano al cinto y allí tropezó con un pistolón de chispa.

Un pesado yatagán colgaba de su cinturón de cuero. Más allá la arena del desierto se extendía fresca hasta el ribazo de árboles de un bosque. Fernando se echó a caminar melancólicamente y pronto se encontró bajo la cúpula de los árboles de corteza lisa y dura y de otros que por un juego de luz parecían cubiertos por escamas de cobre oxidado. Como Tell Aviv le había dicho, la paz estaba en él. No lejos se escuchaba el murmullo de un río. Continuó por el sendero, y una hora después, quizá menos, se encontró en la margen del río. El lecho estaba sembrado de peñascos y las aguas se quebraban en sus filos en flechas de cristal. Lo notable fue que, al volver la cabeza, vio un hermoso caballo ensillado, con una hermosa silla de cuero labrado. Fernando, sorprendido, buscó con la mirada en derredor. No se veía al dueño del caballo por ninguna parte. El caballo inmóvil, de pie junto al río, miraba melancólicamente pasar las aguas. Fernando se acercó. Un sobresalto de terror dejó rígido su cuerpo y rápidamente llevó la mano al alfanje. No lejos del caballo, sobre la arena, completamente dormida, se veía una boa constrictor. El vientre de la boa, cubierto de escamas negras y amarillas, aparecía repugnantemente deformado en una gran extensión. Por la boca de la boa salían los dos pies de un hombre. No había dudas ahora. El hombre que montaba el caballo, al llegar al río, desmontó posiblemente para beber, y cuando estaba inclinado de cara sobre el agua, probablemente la boa se dejó caer de la rama de un árbol sobre él, lo trituró entre sus anillos y después se lo tragó. ¡Vaya a saber cuántas horas hacía que el caballo esperaba que su amo saliera del interior del vientre de la boa!

Fernando examinó el filo de su yatagán -era reciente y tajante-, se aproximó a la boa, inmóvil en el amodorramiento de su digestión, y levantó el alfanje. El golpe fue tremendo. Cercenó no sólo la cabeza del reptil sino los dos pies del muerto. La boa decapitada se retorció violentamente.

Entonces Fernando, considerando el atalaje del caballo, pensó que el hombre que había sido devorado por la boa debía ser un creyente de calidad, cuya tumba no debía ser el vientre de un monstruo. Se acercó a la boa y le abrió el vientre. En su interior estaba el hombre muerto. Envuelto en un rico albornoz ensangrentado, con puñal de empuñadura de oro al cinto. Un bulto se marcaba sobre su cintura. Fernando rebuscó allí; era una talega de seda. La abrió y por la palma de su mano rodó una cascada de diamantes de diversos quilates. Fernando se alegró. Luego, ayudándose de su alfanje, trabajó durante algunas horas hasta que consiguió abrir una tumba, en la cual sepultó al infortunado desconocido.

Luego se dirigió a la ciudad, cuyas murallas se distinguían allá a lo lejos en el fondo de una curva que trazaba el río hacia las colinas del horizonte.

Su día había sido satisfactorio. No todos los hijos del Islam se encontraban con un caballo en la orilla de un río, un hombre dentro del vientre de una boa y una fortuna en piedras preciosas dentro de la escarcela del hombre. Alá y el Profeta evidentemente lo protegían.

No estaban ya muy distantes, no, las murallas de la ciudad. Se distinguían sus macizas torres y los centinelas con las pesadas lanzas paseándose detrás de los merlones.

De pronto, por una de las puertas principales salió una cabalgata. Al frente de ella iba un hombre de venerable barba. El grupo cabalgaba en dirección de Fernando. Cuando el anciano se cruzó con Fernando, éste lo saludó llevándose reverentemente la mano a la frente. Como el anciano no lo conocía, sujetó su potro, y entonces pudo observar la cabalgadura de Fernando, porque exclamó:

-Hermanos, hermanos, mirad el caballo de mi hijo.

Los hombres que acompañaban al anciano rodearon amenazadores a Fernando, y el anciano prosiguió:

-Ved, ved, su montura. Ved su nombre inscripto allí.

Recién Fernando se dio cuenta de que efectivamente, en el ángulo de la montura estaba escrito en caracteres cúficos el posible nombre del muerto.

-Hijo de un perro. ¿De dónde has sacado tú ese caballo?

Fernando no atinaba a pronunciar palabra. Las evidencias lo acusaban. De pronto el anciano, que le revisaba y acababa de despojarle de su puñal y alfanje ensangrentado, exclamó:

-Hermanos..., hermanos..., ved la bolsa de diamantes que mi hijo llevaba a traficar...

Inútil fue que Fernando intentara explicarse. Los hombres cayeron con tal furor sobre él, y le golpearon tan reciamente, que en pocos minutos perdió el sentido. Cuando despertó, estaba en el fondo de una mazmorra oscura, adolorido.

Transcurrieron así algunas horas, de pronto la puerta crujió, dos esclavos negros lo tomaron de los brazos y le amarraron con cadenas de bronce las manos y los pies. Luego a latigazos lo obligaron a subir los escalones de piedra de la mazmorra, a latigazos cruzó con los negros corredores y después entró a un sendero enarenado. Su espalda y sus miembros estaban ensangrentados. Ahora yacía junto al cantero de un selvático jardín. Las palmas y los cedros recortaban el cielo celeste con sus abanicos y sus cúpulas; resonó un gong y dejaron de azotarlo. El anciano que lo había encontrado en las afueras de la ciudad apareció bajo la herradura de una puerta en compañía de una joven. Ella tenía descubierto el rostro. Fernando exclamó:

-Lucía, Lucía, soy inocente.

Era el rostro de Lucía, su novia. Pero en el sueño él se había olvidado de que estaba viviendo en otro siglo. El anciano lo señaló a la joven, que era el doble de Lucía, y dijo:

-Hija mía; este hombre asesinó a tu hermano. Te lo entrego para que tomes cumplida venganza en él.

-Soy inocente -exclamó Fernando-. Lo encontré en el vientre de una boa. Con los pies fuera de la boa. Lo sepulté piadosamente.

Y Fernando, a pesar de sus amarraduras, se arrodilló frente a “Lucía”. Luego, con palabras febriles, le explicó aquel juego de la fatalidad. “Lucía”, rodeada de sus eunucos, lo observaba con una impaciente mirada de mujer fría y cruel, verdooso el tormentoso fondo de los ojos. Fernando de rodillas frente a ella, en el jardín morisco, comprendía que aquella mirada hostil y feroz era la muralla donde se quebraban siempre y siempre sus palabras. “Lucía” lo dejó hablar, y luego, mirando a un eunuco, dijo:

-Afcha, échalo a los perros.

El esclavo corrió hasta el fondo del jardín, luego regresó con una trailla de siete mastines de ojos ensangrentados y humosas fauces. Fernando quiso incorporarse, escapar, gritar, otra vez su inocencia. De pronto sintió en el hombro la quemadura de una dentellada, un hocico húmedo rozó su mejilla, otros dientes se clavaron en sus piernas y...

El negro de Nedjel le había alcanzado una taza de té, y sentado frente a él Tell Aviv dijo:

-¿No me reconoces? Yo soy el criado que en la otra vida llamé a los perros para hacerte despedazar.

Fernando se pasó la mano por los ojos. Luego murmuró:

-Todo esto es extraño e increíblemente verídico.

Tell Aviv continuó:

-Si tú quieres puedes matar a Lucía. Entre ella y yo también hay una cuenta desde la otra vida.

-No. Volveríamos a crear una cuenta para la próxima vida.

Tell Aviv insistió.

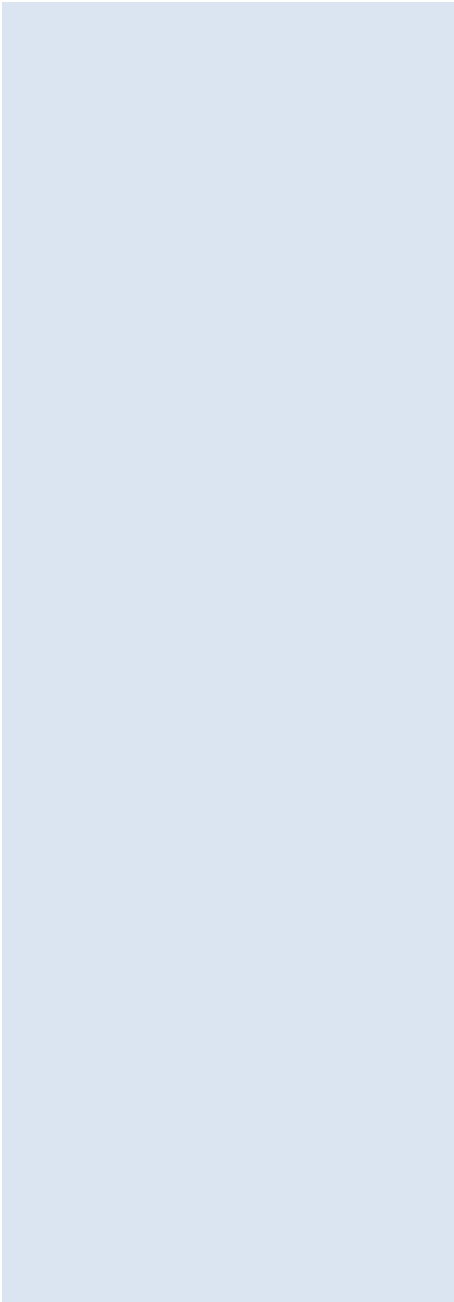
-No te costará nada. Lo haré en obsequio a tu carácter generoso.

Fernando volvió a rehusar, y, sin saber por qué, le dijo:

-Eres más saludable que el limón y más sabroso que la miel; pero no asesines a Lucía. Y ahora, que la paz de Alá esté en ti para siempre. Y levantándose, salió.

Salió, pero una tranquilidad nueva estaba en el fondo de su corazón. Él no sabía si Tell Aviv era un granuja o un doctor en magia, pero lo único que él sabía era que debía apartarse para siempre de Lucía. Y aquella misma noche se metió en un tren que salía para Fez, de allí regresó para Casablanca y de Casablanca un día salió hacia Buenos Aires. Aquí lo encontré yo, y aquí me contó su historia, epilogada con estas palabras:

-Si no me hubiera ido tan lejos creo que hubiera muerto a Lucía. Aquello de hacerme despedazar por los perros no tuvo nombre...



Ódio desde a vida passada

Fernando sentia desconforto pelo olhar do árabe que, sentado atrás dele em uma mesa de esteira na outra extremidade do terraço, não tirava os olhos de sua nuca. Sem poder mais se conter, Fernando levantou-se e, correndo risco de ser visto pelo outro como um demente, se deteve diante da mesa do marroquino e lhe disse:

-Eu não conheço o senhor. Por que está me olhando?

O árabe ficou de pé e, depois de cumprimentá-lo ritualmente, lhe disse:

-O senhor me desculpe. Eu me especializei em ciências ocultas e sou um homem sumamente sensível. Quando eu estava olhando para suas costas era porque estava vendo uma grande nuvem vermelha sobre sua cabeça. Era o Crime. Naquele momento o senhor estava pensando em matar sua namorada. O que aquele desconhecido dizia era verdade: Fernando vinha pensando em matar sua namorada. O mouro viu como o espanto se desenhava no rosto de Fernando e lhe disse:

-Sente-se. Vou me sentir orgulhoso de ter sua companhia durante um bom tempo.

Fernando se deixou cair melancolicamente no sofá esteirado. Do bar do terraço era possível distinguir, quase aos seus pés, as muralhas decoradas da antiga dominação portuguesa; para além das decorações o espelho azul da água da baía se estendia até o horizonte verdejante. Um transatlântico saía em direção à Gibraltar pelo caminho de bóias, enquanto que uma voz arábica, lenta, acompanhada de um instrumento de corda, gania uma melodia extremamente triste e voluptuosa. Fernando sentiu que um enorme desamparo chovia sobre seu coração. Ao seu lado o cavalheiro árabe, de grande turbante, finíssima túnica e modos delicados, reiterou:

-Estava precisamente sobre a sua cabeça. Uma nuvem vermelha de fatalidade. Em seguida, parecendo uma flor venenosa, surgiu a cabeça de sua namorada. E eu vi repetidamente que o senhor pensava em matá-la.

Sem perceber o que fazia, Fernando movimentou a cabeça, confirmando o que o desconhecido lhe dizia. O árabe continuou:

-Quando a nuvem vermelha desapareceu, vi uma sala. Ao lado de uma mesa dourada havia duas poltronas revestidas de veludo verde.

Agora Fernando pensava que não tinha nada de inverossímil que o árabe pudesse lhe dar informações do quarto que Lucía ocupava, já que este dava para o jardim do hotel. Mas assentiu com a cabeça. Estava confuso. Já nada lhe parecia extraordinário ou terrível. O árabe continuou:

-Sua namorada estava junto ao senhor, com o casaco debaixo do braço.

Em seguida, o oriental misterioso começou a desenhar o rosto da moça, com um lápis, no mármore da mesa. Fernando via aparecer sobre o mármore o rosto da moça que ele tanto queria, e aquilo lhe parecia, naquele estranho momento, muito natural. Talvez estivesse vivenciando um sonho. Talvez estivesse louco. Talvez o desconhecido era um sátiro que o tinha visto com Lucía em Cashba. Mas o que este petulante não podia saber era que naquele momento ele pensava em matar Lucía.

O árabe prosseguiu:

-O senhor estava sentado na poltrona de veludo verde enquanto ela lhe dizia: “Temos que nos separar. Terminar isto. Não podemos continuar assim”. Ela lhe disse isso e o senhor não respondeu nem uma palavra. É verdade ou não é que ela lhe disse isso?

Fernando assentiu, mecanizado, com a cabeça. O árabe tirou um cantil do bolso, extraiu um cigarro e disse:

-O senhor e Lucía se odeiam desde a vida passada.

-....

-Vocês vêm se odiando através de uma infinita série de reencarnações.

Fernando examinou o perfil acobreado do homem de turbante e depois fixou tristemente os olhos no espelho azul da baía. O transatlântico havia virado a esquina do caminho de bóias, seu penacho de fumaça se imobilizava no espaço, e uma forte tristeza o pressionava sobre a poltrona, enquanto que o árabe, com uma naturalidade terrorífica, prosseguia.

-E o senhor quer morrer porque a ama e a odeia. Mas o ódio entre vocês é mais forte do que o amor. Faz milhares de anos que vocês se odeiam mortalmente. E que vocês se procuram para machucar um ao outro. Vocês amam a dor que um inflige ao outro, vocês amam seu ódio porque nenhum de vocês poderia odiar mais perfeitamente uma pessoa da maneira que reciprocamente já se odeiam.

Tudo aquilo era certo. O homem da jelaba prosseguiu:

-O senhor quer vir à minha casa? Eu lhe mostrarei o último crime que aconteceu no passado entre o senhor e sua namorada. Ah!, perdão por não ter me apresentado. Meu nome é Tell Aviv; sou doutor em ciências ocultas.

Fernando compreendeu que não havia sentido em resistir. Sátiro ou clarividente, o desconhecido havia penetrado até as raízes de seu terrível problema. Ele fez soar o gongo e um rapazinho moreno, descalço, correu sobre as esteiras em direção à mesa, recebeu o duro “assani” e, rápido como um galgo, o rapaz lhe trouxe o troco. Logo Fernando se encontrou sob as ruelas cobertas, caminhando ao lado de seu misterioso companheiro que, apesar de gastar em uma magnífica jelaba, não se importava de passar ao lado de gordurosas tendas onde se fervia peixe noite e dia, e barracas de chá verde, onde em um amontoamento bestial os camponeses piolhentos e descalços se aglomeravam.

Finalmente chegaram a uma casa cravada em uma esquina do bairro de Yama el Raisuli.

Tell Aviv levantou a pesada aldraba moura e a deixou cair; a porta, que tinha pregos como de uma fortaleza, se entreabriu lentamente e um negro do Nedjel apareceu sombrio e seminu. Inclinou-se profundamente diante de seu amo; a porta então se abriu ainda mais, e Fernando atravessou um pátio sombreado por limoeiros, onde havia grandes vasos de barro em cada canto. Agora encontravam-se em um salão com um estrado no fundo coberto de almofadas. No centro, uma fonte jorrava filetes de água. Fernando levantou a cabeça. O teto do quarto, bem como o dos salões da Alhambra, era arredondado na cúpula, rios de constelações e de estrelas se misturavam com as nebulosas. Tell Aviv, convidando-o a se sentar numa almofada, exclamou:

-Que a paz de Alá esteja em teu coração. Que a doçura do Profeta purifique tua generosidade. Que tuas entranhas se cubram de mel. És um homem equânime e valente. Não duvidaste de minha amizade.

E como se estivessem perdidos em uma tenda do deserto, bateu tão rudemente no gongo que o negro, sobressaltado, apareceu com um punhado de rosas amarelas esquecido entre as mãos:

- Rakka, traga a pipa.

E dirigindo-se a Fernando, esclareceu:

-Agora fumarás a pipa da droga boa. Isso facilitará tua entrada no plano astral. Se fará visível a etapa do teu último encontro com aquela que hoje é tua namorada. A continuidade do vosso ódio.

Alguns minutos depois Fernando sorvia a fumaça da droga azeda ao paladar como uma polpa de tamarindo. Bem ácida e fácil. Seu corpo se deslizou definitivamente sobre as almofadas, enquanto que sua alma, diligentemente, se deslizava através das espessas muralhas de trevas. Apesar da escuridão, ele sabia que se encaminhava em direção a uma paisagem clara e penetrante. Rapidamente se encontrou na beirada de uma marisma carregada de juncos flexíveis. Fernando não estava nem triste nem feliz, mas observava que todas as particularidades vegetais da paisagem tinham um relevo violento, uma luminosidade expressiva, como se uma árvore ali fosse duas vezes mais árvore do que na terra.

Para além da marisma se estendia o mar. Um veleiro, com suas grandes telas vermelhas estendidas ao vento se afastava insensivelmente. De repente Fernando se deteve, surpreso. Agora estava vestido à moda oriental, com um frouxo albornoz de listras verticais pretas e amarelas. Ele levou a mão ao cinto e ali tropeçou com um pistolão de fâisca. Havia um pesado sabre pendurado em seu cinto de couro. Mais adiante, a areia do deserto se estendia fresca até chegar ao desnível das árvores de um bosque. Fernando se pôs a caminhar melancolicamente, em seguida se encontrou sob as folhas das árvores de casca lisa e dura e outras que por um jogo de luz pareciam cobertas por escamas de cobre enferrujado. Como Tell Aviv tinha lhe dito, a paz estava nele. Não longe se escutava o murmúrio de um rio. Continuou pelo caminho e, uma hora depois, talvez menos, se encontrou com a margem do rio. O leito estava repleto de penhascos e as águas se quebravam em seus filamentos e flechas de cristal. O mais notável foi que, ao virar a cabeça, viu um belíssimo cavalo encilhado, com uma belíssima sela de couro lavrado. Fernando, surpreso, olhou ao redor. Não se via o dono do cavalo em lugar nenhum. O cavalo imóvel, de pé junto ao rio, olhava melancolicamente as águas passarem. Fernando se aproximou. Um sobressalto de terror deixou seu corpo rígido e ele rapidamente levou a mão ao seu sabre. Não longe do cavalo, sobre a areia, totalmente adormecida, viu uma serpente. O ventre da serpente, coberto de escamas pretas e amarelas, aparecia repugnantemente deformado em uma grande extensão. Pela boca da serpente saíam os pés de um homem. Não havia dúvida agora. O homem que montava o cavalo, ao chegar ao rio, possivelmente desmontou para beber, e quando estava inclinado de cara sobre a água, provavelmente a

serpente se jogou da rama de uma árvore sobre ele, o triturou entre seus anéis constritores e depois o engoliu. Imagine quantas horas fazia que o cavalo esperava que seu amo saísse do ventre da serpente!

Fernando examinou seu sabre recém afiado e cortante aproximou-se da serpente - imóvel na letargia de sua digestão - e levantou o sabre. O golpe foi absurdo. Cortou não apenas a cabeça do réptil, como também os pés do morto. A serpente se retorceu violentamente.

Então Fernando, considerando os arreios do cavalo, pensou que o homem que havia sido devorado pela serpente deveria ser um devoto de qualidade, cujo túmulo não deveria ser o ventre de um monstro. Aproximou-se da serpente e abriu-lhe o ventre. Em seu interior estava o homem morto. Envolto num rico albornoz ensanguentado, com punhal de empunhadura de ouro no cinto. Um vulto se marcava sobre sua cintura. Fernando mexeu ali; era uma taleiga de seda. Quando a abriu, uma cascata de diamantes de diversos quilates rodou pela palma de sua mão. Fernando se alegrou. Depois, com a ajuda de seu sabre, cavou durante algumas horas até que conseguiu abrir um túmulo no qual sepultou o desafortunado desconhecido.

Depois se dirigiu à cidade, cujas muralhas se distinguiam mais além, no fundo de uma curva que o rio traçava em direção às colinas do horizonte. Seu dia havia sido satisfatório. Nem todos os filhos do Islã se encontravam com um cavalo na beira de um rio, um homem dentro do ventre de uma serpente e uma fortuna em pedras preciosas dentro da escarcela de um homem. Alá e o Profeta evidentemente o protegiam.

Não estavam já tão distantes, não, as muralhas da cidade. Era possível distinguir suas maciças torres e os sentinelas com as pesadas lanças passeando atrás dos parapeitos. De repente, saiu uma cavalaria por uma das portas principais. À frente dela ia um homem de venerável barba. O grupo cavalgava em direção à Fernando. Quando o ancião passou por Fernando, cumprimentou-o reverentemente levando a mão à testa. Como o ancião não o conhecia, segurou seu potro, e então pôde observar a cavalgadura de Fernando, porque exclamou.

-Irmãos, irmãos, olhem o cavalo de meu filho.

Os homens que acompanhavam o ancião rodearam Fernando ameaçadoramente, e o ancião prosseguiu.

- Vejam, vejam, sua montaria. Vejam seu nome escrito ali.

E só então Fernando se deu conta de que, de fato, no canto da montaria estava escrito, em caracteres cúficos, o possível nome do morto.

-Filho de um cão. De onde tiraste esse cavalo?

Fernando não conseguia pronunciar nenhuma palavra. As evidências o acusavam. De repente o ancião, que o revisava e acabava de despojá-lo de seu punhal e seu sabre ensanguentado, exclamou:

-Irmãos... Irmãos... Vejam o saco de diamantes que meu filho levava para negociar.

Foi inútil que Fernando tentara se explicar, os homens caíram com tanta fúria sobre ele, lhe bateram com tanta força, que em poucos minutos ele perdeu a consciência. Quando acordou estava no fundo de uma masmorra escura, dolorido. Transcorreram assim algumas horas, de repente a porta chiou, dois escravos negros o puxaram pelos braços e lhe amarraram os pés e as mãos com correntinhas de bronze. Chicotadas o obrigaram a subir os degraus de pedra da masmorra, às chicotadas entrou em um caminho arenoso. Suas costas e seus membros estavam ensanguentados. Agora jazia junto ao canteiro de um selvático jardim. As palmas e os cedros recortavam o céu azul claro com seus leques de folhas; um gongo ressoou e pararam de chicoteá-lo. O ancião que o havia encontrado nas aforas da cidade apareceu sob a ferradura de uma porta, em companhia de uma jovem. Ela tinha o rosto descoberto. Fernando exclamou:

-Lucía, Lucía, sou inocente.

Era o rosto de Lucía, sua namorada. Mas no sonho ele se esqueceu de que estava vivendo em outro século. O velho apontou-o para a jovem, que era a sócia de Lucía, e disse:

-Minha filha, este homem assassinou teu irmão. Eu o entrego a ti para que te vingues dele.

- Sou inocente! - exclamou Fernando. Encontrei-o no ventre de uma serpente. Com os pés fora da serpente. Eu o enterrei piedosamente.

E Fernando, apesar de suas amarras, se ajoelhou diante de “Lucía”. Então, com palavras febris, ele explicou aquele jogo da fatalidade. “Lucía”, cercada por seus eunucos, observava-o com um impaciente olhar de mulher fria e cruel, esverdeado o tempestuoso fundo dos seus olhos. Fernando ajoelhado diante dela no jardim mourisco compreendia que aquele olhar hostil e feroz era a muralha onde suas palavras sempre se quebravam. “Lucía” o deixou falar e depois, olhando para um eunuco, disse:

-Afcha, jogue-o aos cachorros.

O escravo correu para o fundo do jardim e depois voltou com uma matilha de sete mastins de olhos injetados e bocas baforentas. Fernando quis se incorporar, fugir, gritar sua inocência outra vez. De repente, sentiu no ombro a queimadura de uma dentada, um focinho molhado roçou sua bochecha, outros dentes se enterraram nas suas pernas e...

O negro de Nedjel lhe entregou uma xícara de chá e, sentado à sua frente, Tell Aviv disse:

-Não me reconheces? Eu sou o criado que na outra vida chamei os cachorros para te despedaçarem.

Fernando passou a mão pelos olhos. Depois murmurou:

-Tudo isso é estranho e incrivelmente verídico.

Tell Aviv continuou:

-Se tu quiseres, podes matar Lucía. Entre ela e eu também há uma dívida da outra vida.

-Não. Criaríamos uma dívida para a próxima vida.

Tell Aviv insistiu.

-Não vai te custar nada. Farei isso como um presente pelo teu caráter generoso.

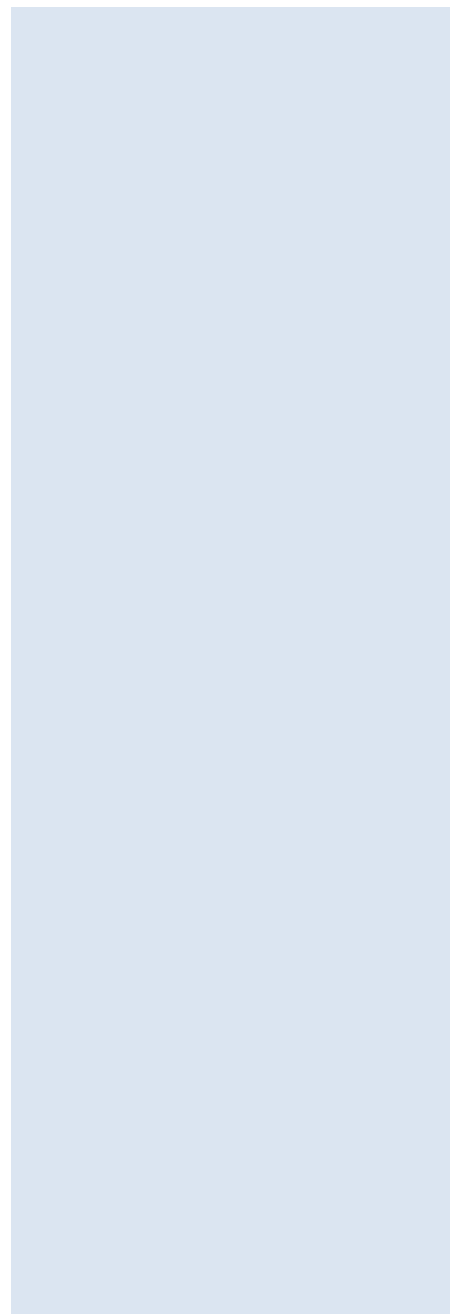
Fernando recusou novamente e, sem saber por que, disse:

-Tu és mais saudável que o limão e mais saboroso que o mel; mas não mate Lucía. E agora, que a paz de Alá esteja em ti para sempre.

E, levantando-se, foi embora.

Fernando saiu, mas uma nova tranquilidade estava no fundo do seu coração. Ele não sabia se Tell Aviv era um malandro ou doutor em magia, mas tudo o que sabia era que ele devia se afastar para sempre de Lucía. Naquela mesma noite entrou em um trem partindo para Fez, de onde voltou para Casablanca e de Casablanca partiu para Buenos Aires. Aqui eu o encontrei, e aqui ele me contou sua história, epilogada com estas palavras:

-Se eu não tivesse ido tão longe, acho que teria matado Lucía. Aquilo de me jogar aos cachorros não tem perdão...



REFERÊNCIAS

ARLT. Roberto G. C. **La ola de perfume verde**. Disponível em: <<https://ciudadseva.com/texto/la-ola-de-perfume-verde/>>.

ARLT. Roberto G. C. **Odio desde la otra vida**. Disponível em: <<https://ciudadseva.com/texto/odio-desde-la-otra-vida/>>.